

—¿En qué regimiento?

Díjolo la mujer, y en seguida añadió:

—¿Y dónde se halla este regimiento, señor coronel? ¿Conocería usted, por ventura, al hijo de mis entrañas? ¿Le ha visto usted? ¿Está bueno?

—No, yo no... Pero ¿cómo es esto que no sepáis dónde está?

—¡Pues! —exclamó la mujer poniéndose muy seria, entrecruzando los dedos y dejando caer las manos con gran abandono.— Hace dos años que no le veo; hace un mes no estaba muy lejos de aquí: perseguía á los malhechores; ¡pobre hijo mío! y escribíme; pero después no he sabido más, no me ha escrito una sola carta. Es decir, acaso me haya escrito alguna, pero lo que es yo no la he recibido. ¡Quién sabe lo que habrán hecho de ella aquellos señores que están encargados de enviar las cartas! (Y poquito á poco iba animándose é imprimiendo á sus palabras una creciente expresión de dolor y despecho.) Aquellos señores conocen por el sobrescrito las cartas dirigidas á los pobres, y las arrojan á un lado. No me lo han de decir á mí cómo andan estas cosas. Harto lo sé y harto me cuesta. Aquellos pobres hijos escriben, y sin embargo, las familias no reciben las cartas. Yo creo que los oficiales que mandan tendrían que fijarse en ello; usted perdone, señor coronel, que yo no lo digo por usted, que me parece muy buena persona; pero es una cosa que no tiene ley esto que sucede, porque nosotras, pobres mujeres, sufrimos los imposibles viendo que se pasan meses y más meses sin tener la menor noticia de nuestros hijos; y aquí están esas amigas que no me dejarán mentir, que me ven todos los días y saben qué vida llevo de algún tiempo acá, pensando día y noche en el hijo de mis entrañas, con tantas angustias, con tantas zozobras, temiendo siempre que pueda sobrevenirle alguna desgracia al hijo de mi corazón; créame usted, señor coronel... ocasiones hay en que no puedo

más. Vamos que, permita usted que lo diga, señor coronel, ¡que esto que pasa no está bien hecho!

Y la pobre mujer se cubrió el rostro con el delantal y se echó á llorar.

Las demás mujeres convinieron en ello con los ademanes y la mirada. El capitán calló.

—Mirad, buena mujer,—dijo después, de pronto el capitán, con lo cual aquella descubrió el rostro bañado en llanto, y le miró.

—¡Mirad! —repitió el capitán.

Y sacándose el kepis, mostróselo á la mujer.

Tomólo ésta sorprendida, mirólo por todos lados, miró á sus compañeras en ademán interrogativo, y luego miró al capitán como queriendo decirle que no comprendía.

El capitán se estaba riendo.

—¿No veis en este kepis cosa alguna que os interese?

La mujer volvió á mirar y prorrumpió en una exclamación:

—¡Ah! el número del regimiento: el regimiento de mi hijo.

Y cogiendo el kepis con ambas manos, besólo y lo volvió á besar repetidas veces, y en un instante acosó al capitán con tantas preguntas, con tantas súplicas, con tantas demostraciones de gratitud, de júbilo, de afecto, que quedó aquél sorprendido, estupefacto, sin saber qué decir, y para dirigirle la palabra no le quedó más recurso que dejar que se desahogara aquella buena madre, y que el ímpetu de la pasión hubiese agotado su voz y sus fuerzas.

—Mañana veréis á vuestro hijo,—le manifestó;—está en Ascoli y os espera.

Aquella buena mujer se lanzó hacia el capitán, á quien de todos modos quería besar las manos, pero él no lo consintió.

Pasada media hora emprendió el camino, de vuelta á la

ciudad, después de haber hablado largo y tendido con aquella mujer, bien que sin decirle palabra respecto de la medalla al mérito militar.

En cuanto llegó á Ascoli y á su alojamiento, llamó al asistente, y marcando las sílabas con gran expresión, le hizo un extenso discurso, que escuchó aquél con ojos y boca abiertos de par en par.

—¿Has comprendido? — le dijo al concluir.

—Sí, mi capitán.

—¿Y has entendido lo que debes hacer?

—Sí, mi capitán.

—Veremos cómo te portas.

—Quedará usted satisfecho de mí, mi capitán.

Salió éste, y el asistente le siguió con la mirada hasta el dintel de la puerta, permaneció un momento pensativo, y luego, encajando la mano izquierda en uno de los borcegués, y agarrando con la otra un cepillo, escupiendo, alentando sobre el calzado, entusiasmado y gozoso, comenzó á sacarle lustre diciendo entretanto:

—Eres un hombre de bien si los hay; mereces un premio; tus botitos serán mañana los más relucientes de todo el regimiento.

Al otro día, á eso de las ocho, el asistente, de plantón en la esquina de una de las calles que desembocan en la plaza mayor de la ciudad, vió adelantarse tranquilamente á una aldeana vestida de fiesta, con sus grandes y hermosos pendientes en las orejas, un hermoso collar de coral, que le daba diferentes vueltas en la garganta, y la basquiña adornada de anchos pasamanos de todos los colores del iris, que marchaba mirando á todas partes con rostro entre alegre, curioso y sorprendido. Observóla atentamente y se le acercó.

—¡Buena mujer!

—¿Seríais por ventura el soldado de que me ha hablado el señor capitán?

—El mismo.

—Vaya que os lo agradezco con toda mi alma. ¿Y mi hijo? ¿No está aquí? ¿Dónde está, pues? ¿Por qué no ha venido á esperarme? ¿No se lo han dicho que venía? Vaya, dime pronto dónde está, y acompáñame si es menester, que te lo agradeceré todos los días de mi vida.

—Patrona, hay que tener un poco de paciencia y esperar un poquito; porque lo que es ahora, lo que se llama en seguidita, no se le puede ver. Cosa de media hora, y media hora se pasa en menos que canta un gallo.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—No puede ser, patrona, porque el chico está ocupado en asuntos del servicio. Y ha de saber, patroncita, que el regimiento en masa, desde el coronel hasta el último soldado han de venir aquí, aquí mismo en esta misma plaza, para una gran función que se prepara; pues se trata nada menos que de dar la medalla del mérito militar á un soldado del regimiento que es un valiente como pocos. Cuestión de pocos minutos, patroncita, un poquillo de paciencia, y veremos la función que ha de ser buena, pero muy buena.

—¡Media hora! ¡Media hora todavía! ¡Esperar media hora!

—Ya me hago cargo, buena mujer, que media hora para vos, es como para mí medio siglo; pero ¡qué le hemos de hacer! no queda más remedio: el chico está ocupado, y ahora no se le puede ver: en tanto llega echaremos un párrafo, y así pasará mejor el tiempo, ¿no os parece?

—Si no queda otro remedio... Pero, ¿me habéis dicho que vendrán aquí los soldados, precisamente á esta plaza?

—Aquí mismo, por aquella calle frontera, aquella que está allí.

—¿De manera que no tardaré en ver á mi hijo; porque él también vendrá?

—Pues, está claro.

—¿Y no sólo podré verle: también podré hablarle?...

— ¡Oh, no, esto no!

— ¿Cómo no? Hace dos años que no le veo.

— Todo lo que queráis; pero cuando el soldado se halla en formación no puede hablar con nadie, absolutamente con nadie: así lo dispone la ordenanza, é importa que lo sepáis, con nadie. Aquí quien manda es el coronel, y en cuanto á la madre no entra ni sale para maldita de Dios la cosa. Si de la mismísima madre del coronel se tratara, de la mismísima coronela, que es la mujer del coronel, sería lo mismo, y tendría que cargarse de paciencia y aguardar á un lado hasta tanto que hubiesen dicho *rompan filas*. Ea, que la ordenanza no la han hecho las mujeres, ¿estamos?

— Sí, comprendo, pero...

En aquel instante oyóse un lejano rumor de tambores, y cuantos estaban en la plaza se volvieron hacia aquel lado.

— Ya viene el regimiento, — dijo el soldado.

Aquella pobre mujer sintió que se le oprimía el corazón, estuvo un instante perpleja, y después, de pronto, hizo ademán de correr al encuentro del regimiento.

— ¡Aguardad! — le dijo el soldado, cogiéndola por el brazo, indicándole con la mano que se quietara. — Aguardad, sino lo echamos todo á perder. ¿Queréis que castiguen y metan en la cárcel á vuestro hijo, nada más que por culpa vuestra? Porque habéis de saber que la ordenanza es muy severa en este punto, que se hace «vista á la derecha,» cuando debe hacerse «vista á la izquierda» y Lucas Gómez. Pongámonos donde no pueda vernos.

— ¡Tienes razón! — murmuró la pobre mujer.

— No se trata más que de esperar un cuarto de hora; y esto no vale nada: habéis esperado dos años. Digo, me parece que...

La mujer levantó los ojos al cielo, suspiró y después fijó la mirada en la calle por la cual debía desembocar en la plaza el regimiento.

Óyese más claro y distinto el rumor de los tambores, la muchedumbre abre calle dejando franco el paso á los que llegan, y aparece en la plaza la escuadra de gastadores, y después de ella la banda de tambores y cornetas, y la música, y el coronel á caballo...

— ¿Pero y los soldados? ¿Dónde están los soldados?

— Ahora, ahora vendrán. Entre el coronel y los soldados deben mediar algunos pasos, así lo previene la ordenanza. Ahí están.

La mujer se lanzó otra vez, y de nuevo la contuvo el soldado.

— Un poco de calma, madrecita. ¿Queréis que le zampen de patitas en la cárcel?

El regimiento se ha formado.

— ¡Le he visto! ¡Le he visto! — grita la buena mujer batiendo palmas. — ¡Miradle!

— ¿Dónde?

— ¡Allí!

— No, no es aquél, os habéis equivocado, creedme. Desde aquí no le podéis conocer; estamos demasiado distantes.

— ¡Aquél! ¡Aquél sí que es!

— ¿Cuál?

— ¡Aquél de allá!

— No, no es tampoco vuestro hijo, y es imposible que le podáis ver, porque está en segunda fila.

— ¿En segunda fila?

— Sí.

— ¿Y dónde está esto?

— Segunda fila, quiere decir que forma detrás de los que están delante, que son los de la primera.

— ¡Cuánta paciencia, Dios mío! — exclamó la buena mujer pasándose la mano por la frente y suspirando. — ¿Y qué es lo que hacen ahora?

— ¿Pues no lo veis? El coronel se ha colocado delante

del regimiento, para echar un sermón. Antes de darle una medalla á un soldado es de rúbrica echar un sermoncillo, en el cual se dice lo que sucedió y cómo fué, y luego se exhorta á los soldados á que imiten el ejemplo de su compañero, que es un valiente, que ha cumplido con su deber, que ha honrado su regimiento con su valor, y que por aquí y por allá, vaya, todo alabanzas... ¡Ah! ¿oís? El coronel comienza el predique.

— No oigo nada. ¿Qué dice?

— No sé lo que dice, pero poco más ó menos vendrá á decir esto, que es lo que sucedió. El soldado que debe tener la medalla es un valiente. Un día vióse acometido de pronto por tres facinerosos que le dispararon sus armas á quema ropa. No le dieron las balas, pero él en vez de intimidarse, armóse de valor: tendió de un tiro á uno de aquellos malvados, al otro lo despachó metiéndole la bayoneta en las entrañas y al tercero matóle de una cuchillada, con el mismo puñal con que el otro quería asesinarle.

— ¿Esto hizo aquel soldado?

— Esto hizo. Valiente, ¿eh?

— ¿Y le han dado una medalla?

— Se la darán ahora.

— Estará satisfecho, ¿verdad?

— Mucho que sí. Sus compañeros le quieren como hermano, y los superiores le tratan lo mismo que si fuera su hijo, todos le respetan, todos le aman, y la verdad es que el muchacho se lo merece. ¡Vaya si se lo merece! Es uno de los mejores soldados del regimiento. Vamos, que no hay muchos como él, puedo asegurároslo.

— ¿Y dónde está ahora?

— En cuanto haya el coronel terminado su sermón le llamará para que salga al frente de las filas.

Calló el coronel.

— ¡Mirad, mirad! — exclamó de pronto el asistente, á fin

de que la mujer volviera la espalda al regimiento, llamando su atención hacia las ventanas de las casas. — Mirad la gente que se ha asomado á las ventanas. Dentro de un rato prorrumpirán en vivas y aplausos. Veréis, veréis qué espectáculo.

Entretanto el soldado había salido de las filas, y colocándose junto al coronel de frente al regimiento, con lo cual la mujer que ya se había vuelto á mirar la tropa, sólo podía verle la espalda.

— ¿Es aquel el soldado?

— Aquel es.

— ¿Y qué hace ahora?

— ¿No lo veis? El coronel le pone la medalla en el pecho.

— Virgen Santísima, dichosa la madre que lo parió: el corazón me late como debe latirle á él. ¡Qué satisfecho debe estar! ¿Y ahora, qué hacen?

— Ahora se preparan para presentar las armas.

— ¿Presentar las armas? — preguntó la mujer maravillada.

— ¡Pues yo lo creo!

— ¡Qué honor tan grande! — exclamó la buena mujer juntando las manos y permaneciendo inmóvil en aquel ademán, con los ojos iluminados por bellissimo fulgor en el cual se veían mezclados y confundidos la alegría, la admiración y el aprecio.

Volvióse el coronel hacia el regimiento y con voz alta, sonora y vibrante, que resonó por todo el ámbito de la plaza, gritó:

— ¡Presenten, arm!

La mujer sintió que se estremecía de pies á cabeza, y dominada por la emoción acercóse al soldado cual si se hallara poseída por el miedo.

A la orden del coronel, los cuatro comandantes del regimiento se volvieron á sus respectivos batallones, y con grito poderoso repitieron la voz de mando, diciendo:

— ¡Presenten, arm!

De pronto, como movidos por un solo brazo, levantáronse

del suelo, fulgurantes, mil doscientos fusiles, y resonaron simultáneamente heridos por mil doscientas manos, y todas las miradas se fijaron en el rostro del soldado. Los oficiales saludaron con las espadas, la muchedumbre de curiosos prorrumpió en entusiastas aplausos y las bandas y la música batieron la marcha real.

— ¿Pero quién es ese soldado? — preguntó ansiosa la pobre madre maravillada, enternecida, fascinada por tan grandioso espectáculo.

El asistente se volvió, miróla, abrió la boca, exhaló un sonido inarticulado, dirigió los ojos al soldado, volviolos de nuevo á la mujer...

La música continuaba tocando, el regimiento permanecía inmóvil.

— ¡Es vuestro hijo! — exclamó el asistente.

La mujer lanzó un grito, quedó inmóvil con los ojos y la boca abiertos, introdujo los dedos entre su cabello, sonrió, sollozó. Aquellos aplausos y aquella música resonaron en lo más íntimo de su corazón con armonía celestial, aquellos refulgentes fusiles confundieronse en su mirada como un torrente de luz, turbósele la mente, veláronse los ojos, vaciló... Perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, el regimiento había desaparecido: su hijo la estrechaba en sus brazos, y sus corazones estaban tan íntimamente unidos que la medalla cogía á duras penas entre los dos. Y así permanecieron largo espacio.

— ¿Pero cómo ha sido? — fueron las primeras palabras que pronunció el hijo en cuanto se desprendió de aquel estrecho abrazo. — ¿Cómo supisteis que yo estaba aquí? ¿Y cómo ha sido el venir en este día y á esta hora?

La mujer le dijo como mejor pudo que el día antes había ido á su pueblo un oficial á caballo; que se había detenido delante de su casa; que le había manifestado que él se hallaba en la ciudad; que le había ofrecido dinero para que pudiera

ir á ella en carruaje; que se lo había dado; que había venido, y que había encontrado en la plaza un soldado que le estaba aguardando en ella por encargo del oficial...

— ¿Y dónde está ese soldado? — preguntó el hijo.

Miraron los dos en derredor: el asistente había desaparecido.

— Y ahora comprendo, — añadió la mujer, — ahora comprendo el empeño del oficial para que viniera esta mañana. ¡Vaya si lo comprendo! Quería que viese...

Miró á su hijo, sonrióse y le abrazó.

— Quería que todo lo viera, y para darme una sorpresa, no me dijo nada, y el soldado estaba de acuerdo con él. ¡Qué hombre más bueno! ¿Pero cómo se las habrá compuesto para saber dónde vivía yo? ¿Y qué interés tenía en proporcionarme esta inmensa dicha á mí que no me conocía? Dímelo tú, dímelo, hijo de mi vida.

El soldado estaba pensativo.

— ¿Pero dónde está ese oficial? ¿Este santo varón? Yo quiero verle, quiero besarle el vestido, porque yo le debo la vida. Quiero verle, hijo mío... Acompáñame donde está.

— ¡En seguida! — exclamó el soldado, dejándose llevar de los pensamientos que le dominaban.

Y tomando por la mano á su madre, atravesaron precipitadamente la plaza, tomaron por la calle que conduce al cuartel, llegaron á él, se detuvieron á unos treinta pasos de la puerta, delante de la cual se estaban reunidos casi todos los oficiales aguardando la gran noticia, y la mujer comenzó á buscar con la mirada, y el soldado á preguntarle con los ademanes y con la palabra, buscando él mismo instintivamente, sin saber lo que deseaba encontrar.

— ¿Quién es? ¿Le habéis visto? Señaládmelo.

— No, hijo mío, no le he encontrado aún.

— Buscad, buscad.

— Aquél, mira, aquél que se apoya en la pared... no,

no, me equivoco, no es él, no es él. Quizá aquel otro, aquel que está encendiendo el cigarro... Aguarda á que se vuelva, aguarda... aguarda... no, no, tampoco es él...

— ¿Cuál entonces?

— ¡Ah! ¡ahora le veo! Estoy segura. No, no me equivoco. Es aquel que ha puesto la mano sobre la espalda del compañero que está á su lado.

— ¡Aquel!

— Sí, sí, es él.

— ¡Madre!...

— Estoy segura, te digo que es él.

— ¿De veras? ¿No os engañáis? ¿Estáis segura? — gritó el soldado cogiendo por la mano á su madre.

— Tan segura como de que soy tu madre.

El soldado clavó la mirada en el capitán, y continuó mirándole sin pestañear.

Entretanto la madre, que más bien que en el capitán pensaba en su hijo, estrechóse contra su pecho, y cogiéndole la medalla con el índice y el pulgar de la diestra, acercó el rostro, miróla atentamente por ambos lados, y dijo sonriendo al soldado, que continuaba inmóvil con la mirada puesta en el capitán:

— Apuesto á que lo que más quieres en este mundo después de tu madre... es esto.

Y levantó la medalla cuanto permitía la cinta de que pendía.

— No, — contestó el soldado sin volver la cabeza.

— ¿Que no? ¿Qué es, pues, lo que más amas en este mundo después de tu madre? — preguntó la mujer con afectuoso sonrís.

El soldado levantó el brazo, y señalando con el índice á su capitán, contestó:

— ¡Aquel hombre!

UN ASISTENTE ORIGINAL

Lo que es tipos originales, los hay no pocos en este mundo sublunar, pudiendo alabarme de haber conocido bastantes: creo, sin embargo, que no ha nacido todavía otro que con él pueda parangonarse.

Era sardo, campesino, de veinte años, no conocía la O, y soldado de infantería.

La vez primera que me le eché en la cara, en Florencia, en la redacción de un periódico militar, inspiróme simpatía. Con todo, su fisonomía, y más que todo algunas de sus contestaciones, me revelaron que había de habérmelas con un tipo original. Visto de frente era él en persona: mirado de perfil parecía otro. Dijérase que en el breve tiempo que necesitaba para volver el rostro se modificaban todas las facciones y todos los lineamientos de su rostro. Contemplándole de frente, no se veía en él cosa particular: era una cara como las otras, pero visto de perfil no podía uno menos que reirse. La punta de la barba y el extremo de la nariz parecían buscarse para establecer estrechas relaciones, sin que por modo alguno pudieran conseguirlo, merced al obstáculo creado por dos labios enormes siempre abiertos, que dejaban ver dos hileras de dientes más descompasados que un pelotón de milicia nacional. Sus ojos eran tan diminutos que apenas se parecían,